

RAÍCES

En un pequeño pueblo cerca de la costa asturiana, un pueblo perdido entre las grandes montañas, en el que apenas había habitantes y donde las calles estaban desiertas y poco iluminadas comido por las sombras de unas viejas casas que apenas se podían sostener. Un pueblo en el que faltaba una chispa de... no sé cómo decirlo... ¿ALEGRIA?; eso, eso era lo que le faltaba aquel pueblo.

Allí vivía una pequeña adolescente cuyo corazón estaba hecho de amor y simpatía para repartir, alimentado por mayores a los que les había regalado la sinceridad y la alegría innata de un niño pero a quien aquel pueblo se le caía sobre sus hombros porque no tenía a nadie con quien compartir las inquietudes normales de su edad.

La niña, que se llamaba Carla, vivía con su padre en la casa más acogedora que te puedas imaginar, y sin lugar a dudas, la casa más colorida de toda comarca. Carla vivía sola con su padre porque su madre murió en una investigación científica en la que participó España junto con muchos más países de todo el mundo. Ella murió cuando Carla era pequeña y apenas había cumplido los dos años.

Una tarde de primavera, Carla salió a buscar aventuras fuera de aquel pequeño pueblo. Ella, desde hacía tiempo, tenía curiosidad por averiguar lo que podría descubrir si cruzaba la montaña que separaba el pueblo del mundo, por lo que se preparó para salir hacia el inicio de una aventura.

En el tramo que tenía que hacer para salir del pueblo, no dejó de encontrarse con vecinos mayores que la miraban con caras excépticas que le preguntaban

sín hablar adónde iría la chiquilla. Carla, al ver estas caras se asustaba y salía corriendo, lo que la provocaba estar cansada a cada ratito sin haber empezado la aventura que había pensado.

A las afueras del pueblo, Carla encontró una casa abandonada con el techo hecho pedazos. No puso mucha resistencia a su curiosidad y se adentró en aquellas paredes que una vez fueron hogar. Con las piernas temblando y su corazón desbocado por miedo a lo desconocido empezó a rebuscar entre los trastos viejos y amontonados que encontraba a su paso. De pronto, tropezó en su recorrido con un álbum de fotos lleno de polvo que, al abrirlo, estaba repleto de fotografías en blanco y negro. Carla fue pasando las hojas con una lenta parsimonia mientras que, a esa misma velocidad bajaba, su cuerpo hasta acoplarlo en el viejo y empolvado suelo, tan gastado y polvoriento que ni la tímida luz que se colaba por el marco desvencijado era capaz de iluminar.

Tras un buen rato observando aquellas imágenes con una curiosidad excedida, se dio cuenta de que aquellas fotos habían sido tomadas en ese mismo pueblo del que ahora ella huía. Esas estampas habían inmortalizado la alegría que una vez tuvieron las calles del pueblo que ahora se mostraba triste y moribundo. Aquel pueblo donde ahora la alegría no se encontraba y cada día era un día más ganado a la muerte, una vez fue un pueblo vivo, con gente que llenaba sus calles, donde el sonido era las conversaciones entre amigos y vecinos. Aquellas fotos demostraban que aquel pueblo había sido... lo que ahora ya no era.

En otros tiempos esa villa fue muy distinta. Los habitantes hacían actividades en las montañas; los abuelitos tenían un lugar donde acudían a reunirse entre

ellos y echar una partida a las cartas o al dominó; los niños asistían a una pequeña escuela cerca de la plaza donde cada día les recibía una maestra alegre y risueña; las madres se juntaban para hablar de sus cosas, de los hijos, para ir al río a lavar o para dar un tranquilo paseo mientras vigilaban a los niños cuando jugaban y corrían por los caminos y los hombres cantaban camino de sus casas, enseñaban las osas de la vida a sus hijos sobre sus regazos y bailaban junto a sus mujeres en las tardes de domingo...

Tanto tiempo sentada en el desvencijado suelo contemplando aquellas imágenes le hicieron pensar en algo que le pareció una maravillosa idea: tenía que recuperar aquella vida y devolver la alegría a sus gentes y, además, repoblar el pueblo para que no se perdiese, pero... ¿cómo?

Con mucha energía y gran ilusión se levantó del suelo dando un salto y se puso a pensar ello.

De regreso al pueblo, con la cabeza llena de ideas, se encontró un periódico tirado en el suelo justo debajo del cartel que indicaba su nombre a aquellos que alguna vez pasaron por allí. Con mucha impaciencia y esperanza Carla empezó a leer ese periódico convencida de que la suerte le había dado una oportunidad de hacer algo importante y, aquello, parecía una señal porque casualmente había aparecido un periódico bajo el nombre del pueblo, impreso ese mismo día, cuando por allí no pasaba nadie, ni un triste y descolorido camión.

Caminando despacio hacia su casa, iba Carla ojeando el periódico, cuando vio un anuncio sobre una emisora de radio. Aquello iluminó su imaginación para

llamar la atención sobre las cosas extraordinarias de las que se podía disfrutar en el entorno donde ella había crecido y había sido feliz.

Entró rauda en su casa, descolgó el teléfono y marcó apresuradamente el número que aparecía el anuncio, esperando, con la respiración entrecortada, que alguien contestara al otro lado del hilo.

Cuando escuchó una voz masculina que iniciaba la conversación con "hola, estás hablando con la radio", Carla abrió sus ojos de par en par y tragando saliva de manera forzada, intentó hablar de manera segura y precisa, pero las palabras no salían de su garganta. Tuvo que respirar profundamente, poner la mano libre sobre su tripita y volver a intentar hablar de nuevo. Esta vez, su voz sonó firme y decidida mientras le decía a su interlocutor quien era y dónde vivía.

El periodista que atendía el hilo en directo, notó por la voz que se trataba de una oyente muy jovencita con unas ganas enormes de hacer algo importante e inició una batería de preguntas con las que Carla se fue relajando y, sin darse cuenta, fue verbalizando lo que ella quería hacer sin saberlo. Contó cómo era su pueblo, las maravillas naturales que tenía, los olores que le regalaba cada estación, cómo era el cielo cuando llovía o hacía sol, lo que veía al mirar a cada punto cardinal, el olor a comida de siempre que salían de los hogares mostrando que todavía alguien habitaba en ellos, de cómo era su despertar al cantar el gallo y cómo sonaba el río cuando abría la ventana de su habitación. Aquel lugar donde ella había crecido era un lugar maravilloso que lo tenía todo para ser feliz si... hubiese amigos en las calles y más vecinos con los que

compartir cada una de aquellas cosas sin el miedo a pensar que quizá mañana ya no les volvería a ver.

Las lágrimas caían por sus mejillas sin poderlas controlar porque, en ese momento fue consciente de que realmente era una privilegiada por vivir allí y lo único que necesitaba, para realmente ser feliz en aquel pueblo, era gente con la que compartirlo sin pensar que cada uno de aquellos vecinos que tenía ahora, tan mayores y viejitos, quizá no despertasen a la mañana siguiente para darles los buenos días.

Tan entusiasmada y tan convencida habló de aquel pueblo entre montañas, que el presentador del programa le dijo que ese fin de semana harían un especial desde allí para disfrutar, in situ, de lo que Carla había descrito haciéndoles sentir que estaban junto a ella.

Emocionada, Carla fue a buscar a su padre bajo el hórreo, donde limpiaba unos pequeños brotes que había recogido junto a un reguero limpio y claro. El padre, sorprendido y fascinado a la vez, escuchó atento lo que le decía su hija y cómo había surgido todo, apenándose mucho al saber que su intención era marcharse lejos para poder vivir entre personas de su edad, sintiendo la vitalidad propia de su edad.

El padre de Carla, decidido a que su hija no se fuese y fuera feliz allí junto a él, le ayudó a preparar la visita de los chicos de la radio y a hablar con sus ancianos vecinos para que cada uno tuviese algo especial que hacer.

Recogieron viejos enseres y los apilaron donde no afeasen las pequeñas calles, rastillaron los terrucos donde las gallinas, gallos y pollitos se recogían, limpiaron las telas de araña de las barandas de los hórreos y colgaron de ellos

las ristras de pimientos, cebollas, ajos y mazorcas de maíz. Las mujeres abrieron las contraventanas tantos años cerradas y adornaron con bonitas flores los alfeizares, lavaron bonitas sábanas y manteles que tanto tiempo llevaban guardaron y cocinaron ricos platos y dulces del lugar.

El pueblo, antes dormido y deslucido brilló el día señalado como Carla lo había imaginado y así fue cómo los periodistas lo encontraron contando, a sus oyentes, que aquel paraíso solo estaba a falta de una cosa: gente joven y niños para disfrutar de él y regalar alegría a aquellos que, poco a poco, se iban apagando. Ellos merecían el regalo y la algarabía de la vida para no apagarse con la única compañía de la soledad.

El plan resultó un éxito y los siguientes días vieron cómo poco a poco iban llegando familias a las que la curiosidad les había podido y querían disfrutar in situ de lo que habían oído por la radio. Algunos preguntaban, enamorados por el entorno, por esta casa que parecía vacía o por aquella otra que estaba abandonada y así fue como, día a día las nuevas familias fueron llegando a aquel pueblecito que recuperó la alegría en sus calles y en el que la vida fue anidando nuevamente.

Carla se sentía feliz de ver cómo el pueblo latía con fuerza nueva y podía disfrutar de un futuro en el que poder seguir estando allí, con todo lo que le gustaba, quería y necesitaba sin verse obligada a renunciar a ninguna de las cosas y personas entre las que había crecido.